

DOBLES DE CUERPO

Julio Hevia Garrido-Lecca

La fascinación que los dobles han inspirado a la humanidad data de fechas inmemoriales. Obviamente, el pavor y la repelencia que estos suscitan no son ajenos a dicha lógica: piénsese a título de ejemplo, en los engendros oníricos de G. Bosh, molecularizando hasta el hartazgo sus paisajes; o en la imaginería de pesadilla éticamente incontrovertible, que nos ha legado Goya. La literatura, cómo no recordarlo, alcanza con Poe y Lovecraft sus picos persecutorios más altos, superando tradiciones góticas y tornándose cada vez más próxima a las atmósferas de la crónica policiaca y al estilo de las fuentes testimoniales. A. Hitchcock, el maestro del **suspense**, llegó a declarar que nada había de más familiar para el ser humano que el propósito de asustar y la expectativa de ser asustado. Incluso era así como el genial realizador explicaba tanto el mórbido deseo adulto de atemorizar a la población infantil, vía brujas decrépitas, locos callejeros u otros seres étnica y estéticamente divergentes; como el frenético anhelo adolescente de confrontarse al vértigo de la velocidad o al desafiar las fatigosas consignas adultas. Considérese además el abigarrado espectro de las llamadas «bromas pesadas», para cuya cristalización se ha montado toda una industria que no es ajena a la *mise en scene* exigida, en el espacio televisivo, por la denominada «cámara escondida».

De hecho los dobles son objetos de una elasticidad que certifica su naturaleza **topológica**, y es en tal sentido que los reveses e inversiones a que dan lugar confirman cuánto su plástica suele ajustarse a los **agenciamientos** que un deseo público o privado, político o religioso, pecuniario o libidinal, va a constituir. Así pues, el destino de las réplicas ha sido el de un devaneo constante: he allí los grandes íconos, las imágenes colosales, las figuras monumentales que las comunidades erigen, y ante las que la Historia oficial se sobrecoge y regodea; pero también las miniaturas, las reproducciones menores, las artesanías anónimas, la mutante maquinaria lúdica de alcance multinacional: y, por supuesto, el espectro fotográfico que, como se sabe desde Benjamin, liberó a la pintura de su servidumbre retratista para transformarse, a escala portátil, en el más heteróclito muestrario de una cotidianidad congelada.

Una de las dificultades con las que el Cristianismo debió lidiar fue el irrefrenable ímpetu que los cultos politeistas demostraban hacia la **antropomorfización**, modo secreto de colonizar a los seres divinos; de invocar al mal; de seducir y aprehender, en un plano concreto, las fuerzas animistas que habitan otras dimensiones, las leyes que gobiernan otros mundos, los principios que dan cuenta de las otras existencias. A propósito de tales ceremonias, y de las creencias que constituían su principal soporte, se nos llamó sincréticos, se nos tildó de incivilizados o de viles lectores analógicos. Sin embargo, exégetas de los textos bíblicos han sugerido que ya desde el Antiguo Testamento la inclusión de las fuerzas maléficas, y del propio Satán como su personificación más acabada, se debió a la necesidad de conciliar con los hábitos de los cultos paganos. Entre tales influjos alcanzaban valor protagónico el dualismo iranio y ciertos fervores helenistas que, como motivaciones extrínsecas, el Catolicismo debió tomar en cuenta, a fin de contrarrestar sus efectos y consolidarse masivamente.

Veámoslo desde otra orilla: la adhesión a ciertas prácticas, paternalmente encasilladas en la incontestable negatividad de lo mágico, presentan como peor «limitación» no haber alcanzado la universalidad que Occidente esgrime. Así pues, los poderes más cultivados imponen el terreno en el que se debe jugar, las reglas con que se ha de jugar, y los criterios que legitiman las reglas de ese juego. Todo ello a la manera de un duelista cuyos aristocráticos principios lo impelen a determinar tanto el tipo de confrontación que ha de librarse como los instrumentos más acordes para su definición. No es gratuito que, en el esfuerzo por detectar rudimentos de la **moneda** y antecedentes de la **escritura**, los saberes antropológicos, queriéndolo o sin querer, se hayan constituido en los traductores obligados de aquellos referentes: medidas de las medidas, materias constituidas por sobre-codificación, fetiches por antonomasia.

La propia ciencia en su acepción más rigurosa ha considerado un deber ineludible ordenar lo contingente procediendo a las más sofisticadas mnemotécnicas; atravesar la capilaridad fenoménica a fin de deslindar los componentes últimos; acceder a la inmutabilidad de las leyes que esclarezcan las arbitrariedades y contrariedades de todos los días. Expresado en términos más modernos, la búsqueda de la verdad se ha ido apareando a la constitución de un **modelo**, factor nuclear o componente esencial que ha podido, a veces, ser desmitificado en su carácter de **simulacro** o de **duplicación** perfeccionada de lo real. En consecuencia, los llamados paradigmas, en su peligroso tránsito a la categoría de instancia ejemplar, han borrado un dato incontestable: el hecho de ser la pura consecuencia de un desmontaje racional y una recomposición ideal. Y es que los anhelos reduccionistas han tendido a establecer, por definición, permanentes jerarquías entre lo acontecido y la explicación de ese acontecer, operaciones siempre sesgadas hacia el circuito de las dimensiones formales y los tecnicismos metalingüísticos. Los dobles de la ciencia, entonces, productos en blanco de un real contaminado, se convierten de paradigmas

en para-dogmas, haciendo de su praxis el patio trasero de la teoría, en vez de someter el ejercicio teórico al permanente ajuste que las evidencias reclaman.

Mención aparte merece la aparición de las ciencias humanas que, según Foucault, habrían de duplicar la empírica aridez que las disciplinas económicas, biológicas y filológicas extendían ante el observador. Ante dicho desafío, las primeras enarbolan lo que el filósofo llegó a llamar una *analítica de la finitud*, postura epistémica que se desprende de la duplicación con que el sujeto del saber moderno anuncia su gesto inaugural. Según se sabe, Foucault buscó una gráfica literal para tales planteamientos en el cuadro de Velásquez «Las Meninas» (1956). El desmontaje que de tal panorama pictórico desarrolla el autor, se sustenta en la necesidad de fundamentar el peso atribuido a las **figuras** allí incluidas, e invocar, a título más general, los poderes implícitos de una realeza a cuyo pedido respondía, por cierto, la propia ejecución de la obra. Además de recoger los reflejos imperiales que un **espejo** frontal, aunque distante ofrece, el análisis torna explícita la insospechada inclusión del mismo **artista** en la pintura. Así pues, el filósofo se apoya en los indicadores que el fresco contiene, a fin de rescatar las jerarquías impuestas por la época, tornar explícitas las miradas que los personajes entretejen allí, y en consecuencia hacer tangibles las **mutaciones** venideras que tal espacio apenas sugiere.

Se observa cómo, durante el siglo XX y bajo el potente influjo de la obra de Hegel, los espejos adquieren de pronto valor protagónico, sea en el ámbito de la psicología infantil, cuyo principal abanderado resultó H. Wallon, o en el seno de un psicoanálisis radicalmente reformulado por J. Lacan. Frente a las superficies especulares se constata una y otra vez, cómo el niño, en el afán de establecer nexos con su imagen, da lugar a una **alienación** que le es estructuralmente constitutiva; cómo en el afán de definir una presencia corporal ésta le es **imaginariamente** arrebatada. Estamos aún, es evidente, en el reino del reflejo y su correspondiente dosis narcisista. Otra es, sin embargo la propuesta de Baudrillard cuando nos dice que nuestra actualidad no es precisamente la de los **reflejos** sino la de los **dobles**, no es la de Narciso sino la de Narcosis.

Si de establecer nexos con las búsquedas narrativas se tratara, nos encontraríamos por ejemplo con la afirmación de J. R. Ribeyro, cuando dice que el quehacer literario no orienta su búsqueda hacia la mecánica de los reflejos sino hacia la autonomía de las **reproducciones**. De otro lado, J. L. Borges sentenciaba: quien se encuentre comprometido, que se case. No se trata de indagar cuán marcada está la escritura por los fantasmas del autor, insiste M. Blanchot, sino de rescatar los virajes que al escribir exige el propio texto; las **metamorfosis** en las que éste lo involucra; las evoluciones que le imprime. Así pues, se instala al yo a la altura de la obra, en vez de determinar la obra en función de los caprichos del yo. R. Debray ha declarado reciente mente que publicar una novela suele suponer, para una serie de personajes de actualidad, la adquisición de una suerte de contraseña audiovisual, esa que facilitaría el acceso a otras esferas, a otras pantallas, a otras existencias. No debe llamar sorpresa que estando plenamente instalados en el reino de los desplazamientos geográficos alta velocidad y de los siempre fluctuantes estados financieros el documento de identidad por excelencia sea, en algunos países, la licencia para conducir las tarjetas de crédito.

Así pues, en la escena actual se diría que el drama de la **clonación**, conectada como está al terreno de los experimentos biomoleculares; o el innegable protagonismo que las realidades las sexualidades **virtuales** implican, no son más que las últimas evidencias de una trayectoria que el romanticismo y la división social del trabajo entretejieron desde el S. XIX, atomizando a la ciudadanía, entrampándola con la propagación de las series, revitalizándola con las encrucijadas y colisiones que las rutinas, urbanas y sus embotellamientos cristalizan. No faltan los autores que, nostálgicos, neutros o expectantes, ligan tales eventos con físicas cuánticas, matemáticas del caos, combinatorias probabilísticas o creación de fractales. Flexibilizando así el entendimiento de la escena posmoderna, mientras desburocratizan los compartimientos del saber especializado. Precisamente la denominada **Teoría de las Catástrofes** cuyo soporte más acabado es la Matemática Topológica, ha detectado en la Etología de Lorenz y en los **Diseños** de Escher a verdaderas canteras para la ilustración de los fenómenos a los que aquellas apuntan.

Por ejemplo, el estudio de las persecuciones en el ámbito animal, concretamente aquellas que llevan a cabo ciertas especies o predatoras en perjuicio de sus presas, revela el grado de complejidad de los procesos que desarrollan los oponentes, en el plano de la acción. Tales maniobras se despliegan, por cierto, a propósito del **saber** que cada contrincante administra respecto al otro. De ese modo, amen del eventual apoyo que brindan las características topográficas y la familiaridad que los involucrados posean sobre el escenario ecológico; más allá de una eventual solidaridad gregaria; o la mera presencia de terceros, y resultan fundamentales las modalidades que el predador y la presa tienen de **anticipar** las respuestas del otro, los formatos que concretan el perseguido y el perseguidor, a fin de **anular** los esbozos de ataque o defensa que el competidor esgrime.

Expresado en la jerga de Deleuze y Guattari, se diría que la captura que el tigre efectúe del siervo, por ejemplo, va a

depender de **devenir-ciervo** del tigre, es decir de las posibilidades de antelar los movimientos de su víctima, de atisbar su velocidad y sus virajes, contrastándolas con otros tantos recursos que precipiten la captura de la presa. Paralelamente, los mecanismos que expliquen la sobrevivencia del ciervo se conectarán con su **devenir tigre** o, para señalarlo en jerga psicoanalítica, se deberán a su **identificación** con el otro y al modo como tal saber debe, sobre la marcha, ser operado y combinado, a fin de debilitar o diluir el circuito que lo inscribe como objeto imaginario del perseguidor. Estrategias insospechadas para el observador humano, que desgraciadamente aún mantiene, en detrimento de su rango académico y so pretexto de la llamada especialización de las competencias, un cómodo y expandido prejuicio sobre la supuesta primacía del instinto animal. El simplismo generalizado de esa lectura «instintiva» de lo (supuestamente) instintivo, se verá avalada por la naturaleza de un discurso idílicamente unitario e inequívocamente teleológico, que vela por la armonía de una percepción estandarizada.

De otro lado, con los diseños de un personaje de la talla de Escher, matemático de formación, la cuestión de la **inestabilidad** de las formas visuales alcanza un punto ilustrativamente crítico. El espectador será aquí eximido de la danza visual que Klee creía necesario efectuar delante de todo cuadro dado que, en el caso de Escher la rítmica y los movimientos están ya allí, incluidos desde el inicio, como un plus de disfrute retando al especialista y sobrecogiéndolo al lego. Así pues: escaleras cuyo **anverso** y **reverso** son igualmente utilizables; paredes que devienen techos y techos que sirven de piso; peces gradualmente convertidos en aves y viceversa; gráficos que huyen de la galería y mundos que se integran en el marco de esos gráficos; hormigas transitando indiferentes por **trayectos** viciosamente **circulares**. Todo en Escher tiene valor momentáneo, peso ligero, valores anunciados e inmediatamente sustraídos: por eso las **formas** son fondos probables y correlativamente, los **fondos** devienen formas expectantes. Los protagonismos serán siempre descolocados mientras el ojo participa, a título de cámara, en el recorrido de la superficie expuesta, acompañando una fuerza estructurante que tiende a pagar todo el sedentarismo de la estructura.

R. Magritte, explorador de ensueños, ha demostrado también, entre trucajes y levitaciones pictóricas, que el marco del espejo puede suscitar más de una sorpresa a sus eventuales espectadores, sea porque devuelve **perfiles** insospechados, sea porque multiplica las **espaldas** del interesado o porque acusa la pura **ausencia** del modelo. Lo cierto es que a través de ese marco especular también se han filtrado, lúdicos, los personajes de Lewis Carroll y -cómo no señalarlo aquellos habitantes precoces del absurdo cinematográfico: los hermanos Marx. Además, ante esa superficie bruñida, límpida u opaca, han declinado desde siempre, los condes vampíricos de Transilvania al lado de sus bucólicas cortes, e incluso aquella bandada de seres radicalmente enamorados, surrealísticamente prendados que L. Aragón evoca en «Tiempo de morir», cuando describe la dulce e irreparable **pérdida** de imagen que todo periplo amoroso y todo compromiso político supone.

Aún hoy se puede certificar a qué grado los especialistas de la escena contemporánea prefieren seguir hablando de la evasión de una siempre sospechosa, «realidad» consensual; de la huida «irresponsable» ante los deberes de la existencia; de la dilapidación de un tiempo que no nos pertenece; de la ceguera con que ciertas prácticas precipitan el inexorable final. Indicadores todos de la moralidad inconfesada que habita a los voceros referidos, aquellos a los que Bourdieu no dudó en describir como «fiadores de la cultura». A fin de matizar esos ideogramas, escuchemos a W. Burroughs, profeta beat», cuando dice que lo que el consumidor de cocaína desea es **fabricarse** un doble, **agenciarse** un otro, re-producirse, multiplificarse. Variación moderna de una inefable búsqueda enteogénica, viejo afán de reencontrar una divinidad subrepticamente **hospedada** en el cuerpo. Confrontemos entonces los hechos: muerta la psicología, la neurología habrá de imponerse. Los humos pacifistas de antaño dieron paso a la aceleración de las inhalaciones actuales, la apaciguada reflexión del hippie desocupado se ve relevada por una militancia yuppie que el marketing productivista celebra. Es obvio que el cuerpo **ligero** de los alucinógenos y el cuerpo **laxo** de la marihuana, con sus vuelos y aterrizajes, no son precisamente equivalentes al doble **tenso** que la cocaína facilita y menos al **autómata** ambulatorio que la PBC aborta.

Moralidades al margen, y según afirma Escotado el usuario se niega a que la salud le sea gradualmente administrada. La constante de los consumos descritos remite a un desdoblamiento que, según los efectos concretados, hace declinar al cuerpo, convertirlo en una máquina, suavizar su registro sensorial o facilitar el automatismo de sus desplazamientos. Vemos entonces que la calma de las exploraciones interoceptivas, antaño mitificadas, se ha visto sucedida por la tensa hiperquinesia de las respuestas neuronales. Así pues, el viraje de esas búsquedas confirmaría aquello que el poder consigna genérica e inequívocamente. Para decirlo con Foucault: ayer el humanismo, hoy el funcionamiento. El **ocio** es la otra **cara** del rendimiento, acotaba Adorno, y en sus dominios se cristaliza una industria que nos hace «vacacionar» mientras desarrollamos ciertas rutinas pre-fabricadas en las que se agotará todo esfuerzo, o de la que habrá que cobrarse un «bronceado» diferencial. Todo ese trámite a fin de presentar ante el mundo laboral las marcas saludables de un periplo laxo y tonificante, oxígeno idóneo para la reinsertión en el almanaque productivo de siempre.

Remitámonos a la historia: la **docilidad** con que los cuerpos se alinean encuentra su mejor ilustración en el adiestramiento que, desde el siglo XVII fuera efectuado sobre el soldado. Esa disciplinarización de la sociedad, cercana a un perfil militarista, anticipaba algunos de los grandes malestares de la cultura del siglo XX, para expresarlo en clave freudiana. La **programación** de lo cotidiano, la **binarización** del tiempo, la **lotización** de los espacios no son, de hecho, inventos actuales. Sin embargo, lo que resulta novedosamente siniestro es la escenificación duplicada de todos esos dispositivos en las pantallas de la modernidad, espacios cuyos afanes objetivantes parecen justificar la adictiva recurrencia con que se sirven de la servidumbre y la miseria humana. Sus antecedentes más patéticos se detectan en los desfiles del ejército nazi, en los genocidios perpetrados en los campos de concentración, en el inexplicable estallido de las bombas atómicas. La crueldad del maltrato y el inhumano hacinamiento son en la actualidad componentes usuales de los llamados cinturones de miseria a los que las urbes contemporáneas suelen dar la espalda. Lo **caótico**, advierte Deleuze, al haberse diseminado por el mundo es reconocido como tal por sus eventuales destinatarios, instalándolo a éstos, no como agentes externos o puros observadores, sino como fragmentos de este caos. Noción esta última, a la que solemos referirnos con tanta **familiaridad**.

Las jerarquías se afirman en lo genérico y en lo específico, de allí que podamos hablar de un fantasma autoritario, de un **devenir mayor** que configura y parasita al pensamiento. P. Virilio ha insistido, por ejemplo, en la explícita correspondencia que guarda aquel personaje impecablemente llevado a la pantalla por Ch. Chaplin en *El gran dictador* (1940), con la figura de A. Hitler, dado el perfil espectacularmente **performativo** al que ambos se acogieron; uno en la alegoría cinematográfica, y otro en lo real de los acontecimientos bélicos. Descubrimientos como estos abren interrogantes fundamentales respecto a la inefable secuencia que causas y efectos entretejen. Por lo tanto, garantizar la validez de los razonamientos oficiales comienza a resultar sospechoso y en consecuencia, la irreversible línea que, partiendo de orígenes primordiales no deja de certificar sus desencadenamientos respectivos, se ve desdibujada. Así pues, el orden evolutivo y las prevalencias jerárquicas a las que los hechos deben someterse, es replicada.

A propósito de ello Foucault declaró en alguna oportunidad que la Historia, o el tratamiento de ella, ha efectuado un salto epistémico trascendental al deslizarse de los planteamientos universales abogados por Hegel a la singularidad de los horizontes que reclama Nietzsche. En vez de la inequívoca secuencia del antes y el después, el registro de las permanentes **convergencias**: en vez de la restauración de los equilibrios a posteriori, las fuerzas operando a título **coincidente**. No las **variaciones** repetidas, sino las **repeticiones** en constante variación. Ya el propio Benjamín le reclamaba al Marxismo la necesidad de traducir su futurología triunfalista y el mesianismo de su concepción histórica en alternativas que estuvieran más al alcance de la ebullición con que se experimentan los **presentes** concretos.

Así pues: ¿Dónde está el modelo y dónde la copia? ¿Quién imita quién? ¿Hasta qué punto el corte sincrónico, al privilegiar un coyuntura y facilitar la focalización, es también un corte lo sincrónico, mientras le da la espalda a la simultaneidad, a cruce, a la variación? Habría que **revertir** el esquema platónico aconseja Deleuze, dando lugar de ese modo ya no a las denominadas «buenas copias», respetadas tanto por su correspondencia interna como por el apego externo al modelo primigenio sino a los simulacros, despectivamente llamados «malas copias». Estos últimos, a diferencia de los anteriores, no deben amortizar deuda alguna con los valores más acabados, con las referencias más abstractas. Contrariamente, su trabajo es en parte una **traición** y en parte un **robo**.

Y si bien toda simulación se apoya inicialmente en lo que Tarde elegantemente llamó propagación de flujos, es decir en procesos imitativos, la complejidad del proceso que lleva a cabo no se limita a la pura mimesis. Lo fundamental de su alcance se liga a la inmediatez de sus efectos, al trazado de una **línea** flexible, de una **línea** engañosa, de una **línea** de fuga que anule, a su paso, las tristes antinomias entre lo natural y lo artificial, entre las competencias virtuales y las performances actualizadas, entre las subjetivaciones individuales y las anomias colectivas, entre las significaciones literales y sus sentidos laterales. Es pertinente puntualizar, por cierto, que las **individualidades** son frecuentemente colectivas y los **colectivos**, en momentos críticos, se desplazan y contraen en el individuo: he allí un juego cuya sinuosa trayectoria, a veces política, a veces religiosa, a veces económica, ha sabido acompañar el maestro Simmel.

Las jergas clínicas convencionales expresan, a título de carencia, el núcleo de lo que aquí se desarrolla, cuando diagnostican al famoso «**des-doblamiento**» de una personalidad. Esta última, no lo olvidemos fue elevada a su cenit por Kant, en el afán de distinguir registros sensoriales y existencias racionales. Adorno advierte que dicha personalidad ha ido, en su evolución, arrinconando a la persona, sea por la vía de status y la monetarización, sea a través de los ceremoniales pomposos y las imágenes de moda. Diluida la tan mentada **persona** se tornó, a la postre, inútil. Y es que la **Personalidad**, insiste el autor, es altamente compatible con lo que hoy llamaríamos el «merchandising publicitario» con los lujos de la distinción y la **venta** imprescindible de los **emblemas** que la definen. Pero ocurre que no es sólo allí donde el sujeto es reclamado sino además en el ámbito de los efectos; en el de los episodios no-productivos; en los regímenes de una sexualidad **recortada**

por las fuertes erosiones que los microplaceres le suscitan; o por los pilares de una macrosensualidad que **descompon**e tantas veces al cuerpo como zonas sea indispensable venderle al prójimo.

El capitalismo, pues, además de diseñar productores y productos, se ha dedicado a fabricar consumidores y consumos: las respuestas variadas, transitorias, simultáneas que estos últimos suponen permite inferir cuán dificultoso resulta hoy para el sujeto no des-doblarse en el camino, ni incurrir en paradojas, no presentarse como incompatible respecto a sí mismo (caso creyéramos aún en esa **mismidad** perdida, en ese *self* de cuño norteamericano, en una pretendida síntesis de todas las funciones y función de todas las síntesis, que denunciaba Lacan). De allí que, como anota Ibañez, la parafernalia publicitaria en medio de su levedad estetizante, de su impronta kitsch, de sus humores light, de sus cuerpos inmejorables, haya elegido como protagonista insustituible al grupo juvenil o, más concretamente, a lo que resta de **juvenil y grupal** en cualquier atmósfera: reino de la agitación y el movimiento, cuentos sobre la euforia y la apetencia, terrenos en los que todo se funde y confunde.

El poder a fin de autorizarnos la existencia, nos destina un **organismo** según el planteamiento de Deleuze y Guattari. D allí la necesidad invariable de desoir los imperativos del **cuerpo**, cuya lujuria y voluptuosidad lo tornan cristianamente pecaminoso. Así pues, las consignas que el poder ha instalado en todo organismo, son las mismas que suelen liberarlo pomposamente para domesticarlo mejor; dando lugar al placer para aplicar subrepticamente la prohibición. **Redescubrir** e cuerpo será siempre, no cabe duda, una tarea difícil, una praxis trabajosa, un reto constante. Parte de ese trabajo consiste probablemente, en inaugurar otros rumbos, acceder a otros feudos, invadir espacios desviarse.

Remitámonos entonces, a un personaje especialmente polémico, ése que recubriéndose exponiéndose reta continua mente a la mirada pública: el travesti. ¿Qué mejor indicador del (des)orden actual, que su propia existencia? Su relevancia se traduce, obviamente, en los espacios que ha conquistado. Y si del espectáculo que provee se trata, cabrá entonces recordar un principio: el artificio no sólo se encuentra en el **cuerpo** que se exhibe, sino además y a título ineludible, en el **ojo** expectante que lo reclama; no sólo en la fabricación de una **diferencia** sino también en la acogida que un mercado específico le otorgan tornándose, por ello mismo, en **cómplice** de aquel protagonismo. Ya lo anticipaba Nietzsche: todo lo que el ser humano toca deviene artificial. De allí que en la actualidad las éticas productivistas sean contestadas tramposa o abiertamente, con estén ticas que al adueñarse de las **superficies** suelen ser tildadas de **superficiales**. A tales apriorismos contribuyen tanto los a ciegos apremios de un saber a ortodoxo como el carácter hermético del propio **disfraz**. Textura enigmática que torna impo sible distinguir un reverso que no fuera ... un disfraz más, ergo otra superficie contaminada de superficialidad por los exploras dores de lo **profundo**, por los especialistas de la **inmovilidad**, por los teóricos de la inercia. El cementerio, reza el saber humorístico, es ese lugar donde la gente se muere por ir.

Luis Buñuel, en uno de sus innumerables aciertos, anticipó la problemática del secuestro y la toma de rehenes con que hoy nos erizamos, gracias a su inolvidable cinta *El angel exterminador* (1962). He aquí el lugar común: durante una reunión, a determinada hora, un grupo de distinguidos personajes son privados de su libertad por factores que lo cinematográfico, nómade al fin, prefiere eludir; pero que lo real de la política actual, hecho de garantías constitucionales que se suspenden y de suspensos que las pantallas garantizan, se ve obligada explicar. El doble enmascarado que era la delicia del niño ayer es el agente del terror adulta hoy, y será bajo la amenaza que encarna y la performance que actualiza que sus víctimas se tornan involuntaria sede de lo que Deleuze y Guattari llama una transformación incorporal. Proceso análogo al que vive el sujeto que pasa, imperceptiblemente de acusado a condenado al cabo de escuchar el dictamen del juez o el veredicto del jurado.

Otro tipo de angel, obviamente es el que nos entrega W Wender; en la extraordinaria *Alas de deseo* (1987), pues lo que aquel añora es una existencia sensitivamente prosaica, mientras sufre en proporción directa a la distancia que debe guardar de las vicisitudes terrenales. Inmateriales, acceden a toda intimidad **anónima** y experimentan como defeción la libre **ubicuidad** que les ha sido concedida. Son los ángeles caídos de una sociedad desacralizada, mimados por el silencioso secreteo de un pensamiento cuya humana **fugacidad** sería el mejor antídoto contra los lastres de su eterno vagar.

Siempre inmersos en las pantallas grandes distinguimos a un realizador de la talla de Cronenberg cuya obra se constituye en gran medida como un homenaje a los dobles y a los simulacros que aquellos implican.

Desde *Pacto de amor* (1988 hasta *Crash* (1997), pasando por *La mosca* (1986), *M. Butterfly* (1993) y sobre todo *Naked lunch* (1992), el director persigue una y otra vez, en diversos géneros, las alteraciones de un serie de entes arrasados por visiones incontestables, pasiones ciegas y rigores persecutorios. Protagonistas/protagonizados por la ambición, la experimentación o el infortunio, no pasan de ser umbrales por donde todo pasa. En otros términos, son sujetos/pasaje cabalgados de un lugar a otro; sujetos/frontera en permanente forcejeo; sujetos/desbordado por la multiplicidad de turno. Cuerpos

duplicados o cuerpos recortados, cuerpos enmascarados o metamorfoseados, cuerpos descompuestos y cuerpos regenerados: he allí la galería de Cronenberg.

Se ha dicho que la memoria no sólo recuerda, sino que además y fundamentalmente olvida. Preguntémos: ¿Qué tan presente tendrá la humanidad aquellas desterritorializaciones históricas que Freud, padre del psicoanálisis, denominara heridas narcisísticas? Así pues: no ser más el eje cósmico - ilusión geocéntrica que Galileo y Copérnico desactivan-; haber sido degradado a una especie más entre otras -fantasía antropocéntrica que Darwin y sus seguidores combaten- y, finalmente tener que certificar las severas limitaciones de una voluntad soberana -mito que el propio descubrimiento del ir consciente replica-. En consecuencia, la figura de los **viajes** que procuran el consumo de drogas, la **desconexión** que los programas televisivos evidencian y las **apetencias** que los juegos virtuales activan, no deben sorprendernos o escandalizarnos en tanto posible: **líneas-de-fuga** que las colectividades trazan, y menos desligárseles de la asistencia masiva los conciertos o a las competencias futbolísticas con que este fin de siglo nos despierta. Debe recordarse que los propios conciertos y acontecimientos deportivos suelen ser **incorporados**, de una u otra manera, por la cultura massmediática; asimismo, certificar que las blanduras psicodélicas y los frenos súbitos provocados por el consumo de drogas son frecuentemente traducidos por los matices videográficos de la pantalla chica, **marcando** de ese modo los espectáculos que levantan los eventos masivos efecto de **boomerang** con que la publicidad y el marketing se publicitan y marketean a sí mismos.

La sociedad del **espectáculo** de antaño, en la que una multitud observaba a unos pocos, se reconcilia con una sociedad de la **vigilancia**, en la que unos pocos observan a la multitud. A la tribalidad que la presencia en el espectáculo futbolístico implica, se va a superponer como en un montaje alterno, la teleasistencia que la pantalla construye; a la muchedumbre que, según Verdú, recupera sueños agropecuarios y matriarcales, hay que anexarle el ritual más **cool**, la proxemia más artificiosa del receptor encadenado por la transmisión en simultáneo. Baudrillard contestando a Foucault, dirá que luego de que el poder se ha definido por sus afanes panópticos hoy permite que cada uno de sus miembros observe a los demás: luego de que el poder **saturó** la sustracción de información la **distribuyó** para administrarla mejor: reino de pantallas y terminales, universo hipercomunicado. Con razón se ha dicho que el capitalismo fue siempre **neocapitalista**, capacidad **reterritorializante** que caracteriza la flexibilidad de su supervivencia, al punto que sus propias crisis se pueden constituir en mercancía.

La ruptura de hábitos, la fatiga ante lo mismo, el anhelo de quitarse de encima o de sustraerse por debajo, propicia reacciones múltiples en los conglomerados contemporáneos. Lo recurrente es que tales despliegues se efectúan en el **cuerpo**, entre cuerpos, con ellos o a costa de ellos. De allí que toda crisis de lo instituido se desborde en estos, los mismos que van a ocupar, en dichos casos, el lugar de analizadores, de voceros: entes provocadores sobre los que se perpetran todo tipo de expiaciones, **brechas** que dicen lo no decible, que perpetran un siempre insospechado *acting-out*. Así pues, el cuerpo de la niñez y el cuerpo femenino, el cuerpo senil y el patológico suelen ser escenarios preponderantes donde el orden se confronta a sí mismo, de allí que haya un evidente apresuramiento para incluirlos en sus respectivos casilleros o para arrojarlos, más dramáticamente, a los **agujeros negros** de la dependencia, la marginalidad o el mutismo.

Son los dobles persistentemente negados, perfilados si fuere posible con resaltador, a fin de que su emergencia sea tildada de extraña o siniestra, de inocua o perversa. La industria cultural sabe como recrearlos, por ejemplo, a la manera de aquellos **engendros** nocturnos que en los films producidos por Spielberg emergen del armario o se desprenden del aparato televisivo; cuando no figuran errantes en los campos vacacionales donde los buenos jovencitos encuentran la muerte entre el happening y el halloween; o en su defecto, ya se han convertido en comparsas que entretienen el ocio videocliptero de los menores, danzando al lado de M. Jackson quien, a la manera de un compás, gira sobre sí mismo mientras blanquea su piel con el mejor detergente, tornando indeciso su género sexual y ambiguas sus preferencias de pareja.

No descubrimos América al recordar el lugar que la infancia (no)ocupa para el poder adulto. Espacio paradisíaco, feudo sobreprotegido, terreno para todas las proyecciones imaginables, pero además y paralelamente, objeto de una subestimación notoria, depósito de afectos paralizantes y continente de consignas invariables. Foucault señala que la brecha abierta por Occidente entre la niñez y la adultez ahonda una **discontinuidad** que dificulta en los sectores burgueses, el paso de una a otra; cuando no precipita en los sectores indigentes una circularidad viciosa conectada a viejos **microfascismos** y explotaciones de menor. Lo cierto es que el cuerpo infantil es capaz de **expropiar** los saberes que su entorno cobija, de **revertir** los intereses que las políticas familiares pretenden incondicionalmente instaurar, de **tornarse** insospechadamente adulto ante la estupefacción infantil del adulto real.

Quino, creador de Mafalda, dijo alguna vez que su personaje no era una niña genial sino una niña cualquiera. Dicho de otro

modo, Mafalda no era un adulta disfrazada de niña, no era un ser precoz bombardeando el sistema desde dentro, sino todo lo contrario, una niña **robando** comportamientos de otras edades, opinando más allá de los **lugares** dispuestos para los llegados recientemente. J. L. Borges, coherente con su soledad, afirmaba que lo que a él le hubiera gustado era tener hijos de veinte años o más, jóvenes con los que pudiera conversar, que no interrumpieran ni su silencio ni su tranquilidad. J. R. Ribeyro en una nota sobre las relaciones familiares afirmaba que la pretendida barbarie que los padres adjudicaban a sus hijos, recubre la imposibilidad de aceptar el futuro que éstos representan y la implícita liquidación de los tiempos que, entre queja y queja, caducan con los primeros. Y es que la distancia facilita el cariño, mientras que la cercanía lo hace corrosivo.

¿Qué decir del **cuerpo femenino**? Satanizado hasta el hartazgo, domesticado hasta donde fue posible, dividido y fragmentado tantas veces como la mirada masculina lo exigió. No es difícil constatar hasta qué punto el cuerpo femenino constituye el soporte en el que ambos sexos hacen converger el desconocimiento sobre su funcionamiento real y la imaginaria tentación del pecado apetecible, aceitando las viejas bisagras de un binarismo que todo lo reduce a las figuras del macho/encimante y la hembra/encimada, mientras deja de lado la **variedad** de los despliegues seductores; la **multiplicidad** de estilos y ritmos; la **recuperación**, en cualquier caso y para cualquier cuerpo, de las feminidades y las masculinidades; la redefinición de las posibilidades, más allá de los géneros por siempre instituidos. Una contestación posible tendría que ver con la radicalidad de la siguiente operación: que las imágenes y los símbolos **de** la mujer (vale decir, los que elaboró el llamado poder **falocéntrico**) no sean más las imágenes y símbolos en la **mujer** (o sea, los que ella asimiló sin chistar o, peor aún, mientras chistaba).

Más allá se divisa, en una suerte de destierro económico, a los cesantes y a los jubilados, a los destituidos y a los desocupados. Voluntades al margen, esa población compone un **cuerpo senil** significante especialmente denso, máxime si se toma en cuenta que la senilidad o la vejez definen hoy, no por el natural deterioro de la capacidad de sujeto, sino por el deterioro que una desactivación forzosa imprime sobre esas mismas capacidades. Los tiempos de **productividad** laboral, para el ciudadano medio, se acortan caprichosa e inexorablemente, como se acortan las marcas con que velocistas y nadadores cubren sus respectivas distancias. La paradoja viene dada por el hecho que al joven empleado se le exige experiencia, y al empleado con experiencia se le exige ser joven. Dos modos de **decir no**, dos maneras de **desalojar** a los interesados, expresiones al fin de un sistema que no quiere más que evaluar a la población para clasificarla una y otra vez dispositivos de un poder que nunca **interroga** sin antes prefabricar las **respuestas** del caso. Del **cuerpo patológico**, frecuentemente conectado con los **excesos** libidinales, en ocasiones con las empresas **imposibles**, las más de las veces con una comunicación **no devuelta**, se puede decir que encarna la más patética de las **exclusiones**. A ellos, en la medida de lo posible, se les retira de las pasarelas de la socialidad, de los avatares amorosos, de las rutinas que permiten interactuar con el prójimo. Para ellos, se sabe, hay técnicas puntuales de **sujeción**, **mordazas** físicas y químicas, **calmantes** de todo tipo. Contra ellos se levanta, cual muro, un impase inexcusable ante las **variantes** de su comportamiento o, en su defecto, respecto a sus **constantes**: el orden clínico suele confirmar el estancamiento aquí y la desviación allá. No podría ser de otra manera si recordamos, con Rosolato, que la propia naturaleza del poder se encuentra inextricablemente ligada a un **discurso** paranoico; a un **régimen** que no puede no sospechar; a una **máquina** interpretativa que no debe no confirmar; a una **óptica** que, en el extremo, le está vedado rectificar. Sin embargo, tal cual lo ha demostrado Goffman, los internos incrementan un saber, someten el entorno a una reflexión que demanda acciones inmediatas y ejecuciones reajustadas sobre la marcha, **combatiendo** a su modo y **parodiando**, no pocas veces, la elefantiasis institucional.

Tal vez sean el **continente** adolescente que delimita Yonnet o la **Juvenilidad** de la que nos habla Lefevre, las referencias que mejor dan cuenta de las concesiones otorgadas por el poder a los cuerpos medianos, a esos espíritus de la transición. Debe notarse que el mayor logro de la población joven consiste, finalmente, en haber convertido lo **transitorio** en un modo de ser, la **indecisión** en una manera de estar, la **incomunicación** en un terreno codificable. Sin embargo, algunas analogías son posibles, así pues las juventudes figuran, como las clases medias, dilatándose, contiguas a toda vecindad, siempre permeables y prestas a ser reconocidas en el ascenso; o contrayéndose como los nobles, tradicionalmente orgullosos, mientras defienden su identidad contra viento y marea, y castigan todo desliz que contamine su pureza. Si de sus emplazamientos se trata, son tanto claustrofóbicos como agorafóbicos; en ellos la función de mirones y de exhibicionistas es permutable; el lugar de espectadores y de participantes que suelen ocupar no remite a indispensables exclusiones u obligadas alternancias. Las juventudes parecen encarnar hoy otro ideal, sin lugar a dudas opuesto al paradigma del adulto pretérito. Así pues, en vez del esquema **o...o...**, ellos se afirman en la fórmula **y...y...**

Recordémoslo en voz alta, ayer los jóvenes querían ser adultos y su apremio era notorio, en consecuencia luchar contra estos era un modo de **reproducirlos**, de **igualarlos**, de **alcanzarlos**. Hoy la lógica es inversa, ya que son los adultos quienes desean ser jóvenes, de allí el protagonismo que alcanzan las democracias y las zapatillas, los jeans y el deporte, las aventuras y la cirugía, la delgadez y el buen humor.

Todo vale en la carrera contra los dogmas que paralizan y la inercia que mata. Debe notarse que es también entre el contingente más joven que se recluta, de un lado, a todas las víctimas de los **proselitismos** místico/religiosos, como también a los fervorosos miembros de esas **bandas** bélico/delincuenciales que constituyen las denominadas «barras bravas». En la clave de Guattari se trataría, para el caso inicial, de un proyecto **depresivo** y, en el segundo, de un proyecto **paranoico**, explicables por la negación de un orden externo y de un poder ajeno, si de las sectas se trata, o por una actitud sistemáticamente beligerante, si a los bordes delictivos nos referimos.

De todos modos esas tribalidades suelen ser las variantes más representativas del **grupo/ objeto** típico: aquél que, respecto del mundo reivindica una lectura opuesta, si no incompatible, con los valores y tiempos de una oficialidad mayoritaria. De allí la indiferencia de la propuesta depresiva, la misma que, en el extremo, ha de transformarse en **suicidio colectivo**; y la extrema beligerancia desarrollada en el régimen paranoico, cuando las **políticas del terror** son recuperadas sin el pretexto de su racionalización retórica. Sea como fuere, en uno y otro caso, tales políticas certifican el **desmoronamiento** de la familia nuclear, de lo familiar como **receptáculo** seguro, del discurso familiar como zona de anclaje: **eclosión** de las referencias y las pertenencias grupales oficiales. En vez de ello se constata la huida y el divorcio, la tensión y el resentimiento, el reclamo y la mascarada: de ser la familia sede de tensiones políticas desde el siglo XIX, tal como Ariès indica, termina significando una tensión política experimentada con cierta familiaridad. **Pugna** que, con frecuencia, es la de las palabras y **por las palabras**, la misma que aplica la lengua en su administración pragmática, allí donde poderes mayores y fuerzas menores se desentienden cotidianamente.

De aquí también parte la tan mentada disolución entre lo privado y lo público, desde el momento en que, para los sujetos lo privado comienza a tornarse extraño y, de otro lado, va a extrañarse gradualmente, lo público. Coyuntura en la que el triángulo edípico deja de ser determinante y los triángulos itinerantes se multiplican por doquier, estableciéndose para los jóvenes una triada en la que se divide el yugo familiar en un sentido y la fuga urbana en el otro: no es difícil pronosticar la inclinación de tales planos hacia todo lo que el factor ciudadano promete: **el coche/la noche, la jerga/la juerga, el barro/la barra**.

No será pues el aparato televisivo tantas veces llamado a explicar la permeabilidad entre lo público y lo privado, dado su protagonismo en el orden familiar, la ingestión autista que suele imponer, o el modo radical como **desplaza** al verbo y **lotiza** los supuestos tiempos libres, el verdadero y único responsable. Sin necesidad de subestimar a la pantalla chica como cordón umbilical que, sin lugar a dudas, privatiza lo público por la vía de los consumos **segmentados**, y torna público lo privado, revelando secretos, imponiendo modas y democratizando gustos: es necesario rescatar los protagonismos desempañados por los sujetos históricamente perfilarlos, alterando códigos y remarcando diferencias, restituyendo sus voces y **desterritorializando** las restantes.

Abordemos el último tramo, ese que prensa y televisión recrean habitualmente y que a fuerza de constituirse en hábito se maquilla de «naturalidad», reino de las espontaneidades encarriladas, donde todas las figuraciones y temáticas se tornan normales. Una revisión somera a las primeras planas de la prensa amarilla revela, por ejemplo, una curiosa convivencia entre cuerpos **sexuados** y cuerpos **victimados**, un apareamiento constante entre la **vitalidad erótica** y la **degradación orgánica**. El impacto que la apelación a tales recursos facilita, aligerando incluso la funcionalidad de los textos, no se agota en la consuetudinaria retórica que todo lo resuelve en términos de **represión, fantasías** liberadas y/o su vocero inequívoco: el **morbo** comunitario.

Por el contrario, asistimos, bajo diversos regímenes de distanciamiento a la preminencia indiscutida de una dimensión que Baudrillard ha llamado **porno-estreno**, matiz que permite superar las consabidas antinomias que librarían la ley y el deseo, la dialéctica de la prohibición y lo prohibido. En la actualidad lo que en verdad está en juego, para los medios de comunicación, es la necesidad de **mostrar**, la exigencia de responder al anhelo de **verlo todo**, la demanda informativa paranoicamente atendida en niveles que lindan con lo **monstruoso**, sea por la aproximación obsesa, sea por la proliferación en los **detalles**, sea por la naturaleza o el estado de lo que se expone.

Cuerpos fotografiados o cuerpos televisados son indistintamente objetos de afectos, pretextos para desprender respuestas humorales. Para esa lógica cualquier motivo es legítimo: la catástrofe aérea, el enfrentamiento con las fuerzas del orden, los intimismos de alguna vedette, las torturas perpetradas por los regímenes democráticamente totalitarios, los restos cadavéricos comunitariamente reencontrados.

Si en el ámbito de las preocupaciones sanitario/estatales, el siglo XVIII certifica el viraje de la lepra a la peste, el siglo actual canjea a un célebre e indiscutido cuerpo **neurótico** por un no menos pujante cuerpo **psicosomático**, este último da

cuenta de las tensiones contemporáneas, esas que cristalizan en las molestias y desequilibrios de las técnicamente célebres cefaleas, otitis, laberintitis, cuando no en las urgencias del colon irritable y los catastróficos estallidos de la úlcera. El **estrés**, según se informa, produce escozor a veces; mareos o taquicardia en estadios más avanzados: infartos excepcionalmente: la diferencia entre una y otra manifestación es lo de menos, pues lo que en buena cuenta se trataría de confirmar es aquello que Lipovetsky llamó cultura «**psi**»: la misma que W. Allen ha sabido llevar a su paroxismo mostrando al espectador del mundo la fantasmática psicoanalítica de los circuitos intelectuales, la ampulosidad verborreica de una palabra vacía, la vertiente paródica de algunos dramas elitistas. Y si el cuerpo fue antiguamente catalogado como **templo** sacro, hoy se aproxima al **taller** laico donde todo ha de ser reparado, vía dietas y naturismos, ecologías y fisiocultismos, místicas **internas** o joggings por la vecindad, terapias duras o técnicas de relajación: universo del desahogo táctica de la disipación que prometen recomponer la existencia y, de ser posible, prolongarla hasta el terreno de la fábula.

La gente se convence de que hay que estar en forma. De que hay que sentirse en forma. Del ayuno **místico** que diluía el cuerpo a ayuno **narcisístico** que quiere enorgullecerse de él. Entre el festín del consumo y la disciplina de la voluntad. Como han dicho Guillemot y Laxenaire, se trata de un mundo **gastro-anómico**. Sea como fuere: culto inconsciente al rendimiento, en el que hoy deben inscribirse incluso los minusválidos o los discapacitados cuando, por ejemplo, celebran olimpiadas y demuestran poder superar los récords de caso. Cierta corriente cinematográfica manifiesta, incluso, en la actualidad un marcado interés hacia ciertos sujetos en desventaja, siempre y cuando hayan revelado potencialidades insospechadas o atisbos de genialidad: *Mi pie izquierdo* (J. Sheridan, 1989) y *Claroscuro* (S. Hicks, 1996) son dos indicios recientes, por no hablar del massmediático *Nacido el 4 de julio* (Stone, 1989).

Las telenovelas por cierto muestran a bellas invidentes y a paralíticas transitorias sea para demostrar que la Cenicienta aun vive o para enseñarnos que «Los ricos también lloran». Detrás del humanitarismo, la recuperación insospechada. Detrás de la caridad, el funcionamiento inexorable. Mundo de torturas leves.

Entre nosotros los peruanos, folclóricos al fin, posmodernos antes de tiempo o rabiosamente informales, aristócratas sin rentas o vanguardistas de café, la articulación de los **dobles** es casi motivo de orgullo, y materia para vocaciones humorísticas insoslayables, mientras la deuda externa no sea cancelada y Perú no clasifique para el mundial de fútbol. Durante décadas los espacios humorísticos nacionales se han constituido en los abanderados de la TV y la radio. Probablemente todo ello no resulte ajeno a los pronunciamientos que ciertas plumas notables señalaron sobre las características de nuestra historia, calificada de surreal, o a propósito de nuestro pueblo, poco proclive a las revoluciones dado su acucioso deseo de fabricar relatos humorísticos.

La habilidad para colocar **sobrenombres** y transformar los apelativos originales, el modo caprichoso de crear mundos **paralelos**, la pertenencia a una dimensión en la que lo lúcido se hace lúdico, crean condiciones peculiares para la fabricación de dobles, recurso paródico por excelencia cuya dosis resulta indispensable para la sobrevivencia en Latinoamérica. Se estila en nuestros talkshows, por ejemplo, que los modelos sean entrevistados por sus imitadores o viceversa, que las figuras estelares se enfrenten a sus dobles, y que en el extremo, entre **refracción** y **refracción**, como el mismísimo H. Bergson lo anunciara, el imitado imite al imitador, o tal vez a sí mismo, mientras observa cómo ha sido observado y se deja fascinar por la versión que de su figura y gesto ha fabricado otro. Tal operación permite diluir las jerarquías y aplanar las istancias, tal dinámica va a reafirmar el liberalismo y amortiguar las molestias.

Recordemos para finalizar esta ponencia, el modo en que R. Caillois, más acá de los entusiasmos **globalizantes** y de los dramas **fragmentados** nos invitaba a caracterizar a las sociedades en función de sus juegos. El autor distinguía cuatro ejes posibles: las **máscaras**, el **vértigo**, el **azar** y la **competencia**. Cuatro modos de perderse y redescubrirse, cuatro modalidades de salir de sí y constreñir las interdicciones que gobernaban aquel mundo creado por Borgesen el célebre «Tlon, Uqbar, Orbis Tertius», donde se declaraba que «los espejos y la cópula son abominables porque multiplican el número de los hombres». Es probable entonces que, cruzando prácticas y saberes, deslindando lógicas y protagonismos, distinguiendo garrotos autoritarios e históricas oposiciones, nos competa hoy asumir el reto de construir nuestros respectivos **mapas**, donde sin falsos escrúpulos, alcancemos a dibujar las **multiplicidades** reales e imaginarias de las que parecemos estar hechos.